EL TEATRO.
COLECCION DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS.

ME CASO,

COMEDIA

EN UN ACTO Y EN VERSO,

ORIGINAL DE

DON ESTEBAN GARRIDO.

MADRID.
ALONSO GULLON, EDITOR.
PEZ.—40.
OFICINAS: POZAS—2—2.º
1877.

AUMENTO AL CATALOGO DE 1.° DE ABRIL DE 1877.

TÍTULOS.	Actos.	AUTORES.	Prop. que corresponde
		COMEDIAS Y DRAMAS.	
El mejor juez, la conciencia	1	D. L. Parejo y Reina	Todo.
El tesoro de los sueños	1	José Jackson Veyan	»
El viejo Miloch ó la guerra de Servia	1	Leopoldo Parejo	»
Enciclopedia	1	Calixto Navarro	»
Breton	1	Emilio Ferrari	»
Cazar con liga	1	Eduardo Inza	»
La agencia matrimonial	1	D.ª Asuncion Lozano	»
La justicia de Dios	1	D. L. Parejo y Reina	»
La ley del trabajo	1	Mariano Chacel	»
La primera noche	1	Mariano Chacel	»
María	1	José María Nogués	»
Me caso	1	Esteban Gaarrido	»
Para el corazon no hay clases	1	L. Parejo y Reina	»
Quien á hierro mata	1	Emilio Ferrari	»
Quien no se vence á sí mismo	1	Leopoldo Parejo	»
Soñar despierto	1	Leopoldo Parejo	»
Una bolsa de aceite	1	Pedro María Barrera	»
Una casera modelo	1	D.ª Asuncion Lozano	»
Una justa literaria	1	D. Leopoldo Vazquez	»
Una tempestad de verano	1	Julio Nombela	»
Un conspirador	1	Navarro	»
Un detalle de la vida	1	Adelardo de la Calle	»
El señor de Manzanillo	2	Salvador M. Granés	»
El sombrero del ministro	2	Sres. Nombela y Castillo	»
Para tal culpa tal pena	2	D. José Echegaray	»
El corazon de una madre	3	José Luis Clot	»
El tabernero de las Vistillas ó manolos y franceses	3	R. G. Santisteban	»
Haz bien	3	Miguel Echegaray	»
La mancha en la frente	3	Sres. C. S. Bravo y Estéban Garrido	»
Lo que no puede decirse	3	D. José Echegaray	»
Realistas y Puritanos	3	José Luis Clot	»

ME CASO.

ME CASO,

COMEDIA EN UN ACTO Y EN VERSO,

ORIGINAL DE

DON ESTEBAN GARRIDO.

Representada por primera vez en el Teatro Español el 24 de Febrero de 877.

MADRID.
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ.—CALVARIO, 18.
1877.

PERSONAJES.	ACTORES.
ELISA	D.ª Elisa Boldun.
RAIMUNDO	D. Antonio Vico.
ANTONIO	D. Manuel Calvo.
GIL	D. Antonio Riquelme.

7

ACTO ÚNICO.

Sala bien amueblada, pero en un desórden fácilmente reformable. Ropa de hombre tirada sobre los muebles. Puerta al fondo y á la izquierda del espectador. Á la derecha puerta secreta.

ESCENA PRIMERA.

ELISA y GIL.

ELISA. ¿Puedo entrar?
GIL. Y reposarse.
ELISA. ¿Pues qué está haciendo Raimundo?
GIL. Lo que hoy hace todo el mundo.
ELISA. No te comprendo...
GIL. Afeitarse.
ELISA. (Reparando en el desórden de los muebles.)
¡Qué desórden, Dios eterno!
de tu habilidad me asombro!
Todo está manga por hombro.
GIL. Yo soy hombre de gobierno.
ELISA. Me parece empresa loca
la empresa de que me encargo.
GIL. ¿Por qué?
ELISA. Mi primo es muy largo!...
GIL. ¿Y esos ojos? ¿y esa boca?
ELISA. Á mi pesar me decido;

mas temo...

GIL. No hay que temer,
es más fácil de coger
el hombre cuando ha corrido.

ELISA. ¿Con que el plan?

GIL. Se ha concertado
que usted su criada sea;
viene, guisa, coquetea
y estamos del otro lado.

ELISA. Lo de guisar no me explico...

GIL. Es de alta filosofía;
á los hombres en el dia
se les coge por el pico.

ELISA. ¿Y si me reconociera?
¿y si descubre el fregado?

GIL. No será grande su enfado
siendo usted su cocinera.

ELISA. Me ha conocido en la infancia.

GIL. ¿Y qué importa, señorita?
¡se ha puesto usted tan bonita
desde que él se marchó á Francia!

ELISA. Resta saber si tu amo
es de la misma opinion.

GIL. Sobre eso no hay discusion,
es muy perito en el ramo.

ELISA. ¡Gracias por el testimonio!

GIL. Pero ante el plan que se fragua,
cuéntele usted hombre al agua,
es decir, al matrimonio.

ELISA. De suerte que, parodiando
al padre Isla, á lo que entiendo,
he de entrar aquí sirviendo
por salir luégo mandando.

GIL. Justito, y esa es la escuela
político-femenina;
se empieza por la cocina
y se concluye en la sala.

ELISA. ¿Y tú crees que ese expediente
para tan buen perillan...

GIL. Le estoy viendo hecho un Adan
así que su Eva lo tiente.

ELISA. ¡Ay, Gil!

GIL. Afuera temores,
usted es Merlin con faldas,
y le guardan las espaldas
los dos señores mayores.
ELISA. Claro es que con eso cuento;
¿metiérame en este lío
no estando papá y el tío
en el contiguo aposento?
RAIM. (Dentro.) Gil.
GIL. Voy. (Á Elisa.) Adentro ligera
ántes de que aquí se encaje,
y póngase usted un traje...
ELISA. (Desde la puerta secreta.)
¿De villana?
GIL. De hechicera.

ESCENA II.

GIL, despues RAIMUNDO.

GIL. ¿Pueden darse solterones
ante ese talle gentil?
RAIM. (Dentro.) Gil.
GIL. Allá voy.
(Se encuentran en la puerta.)
RAIM. Mira, Gil,
¡dos botones! tres botones!...
GIL. Esa es una desventura
comun en el sexo feo.
RAIM. Mira, mira.
GIL. Ya la veo,
es una ex-botonadura!
RAIM. Basta de bromas y risas.
GIL. (Ap.) (Si se los arranco yo!)
RAIM. Nunca en París me ocurrió
tal desórden de camisas.
Eso, Gil, es un descuido,
al cual debes poner coto.
GIL. ¿Y quién encuentra aquí un roto
para un hombre descosido?
RAIM. ¿No hay portería?
GIL. Sí, pero

tanto da que no la hubiera;
señorito, la portera
casi, casi es un portero.

RAIM. Pues señor, no hay que pedirle
más desdichas á hombre alguno,
hoy me has hecho un desayuno...

GIL. Chocolate.

RAIM. No, agua-chirle.
Y en punto á comodidades
vista la casa despacio...

GIL. No es ciertamente un palacio.

RAIM. Sí, de las necesidades.
La tal casa, exacta copia
del desórden viene á ser.

GIL. Aquí hace falta mujer.

RAIM. ¡Demonio! (*Se levanta.*)

GIL. No he dicho propia.
Mas la mujer es la base
del órden, es la alegría...

RAIM. Dí, con esa algarabía,
¿te propones que me case?

GIL. ¡Jesús! no tal, señorito,
quiero decir que trayendo
una muchacha...

RAIM. Ya entiendo,
te has buscado un arreglito?

GIL. ¡Vaya una idea! Tampoco;
es que yo tengo una ahijada...

RAIM. ¿Bonita?

GIL. No he dicho nada.
(*Ap.*) (Ya pica.)

RAIM. ¿Te has vuelto loco?
Prosigue, hombre.

GIL. No prosigo.
(*Ap.*) (¡Vaya si traga el anzuelo.)
(*Alto.*) La muchacha que es un cielo...

RAIM. Mejor que mejor.

GIL. ¡Pues, digo!

RAIM. Haz que venga, y si me peta
te doy palabra de honor...

GIL. ¿De ser todo un seductor?

RAIM. De ser un anacoreta.

GIL. Lo que es eso...
RAIM. Por razones
de comodidad se explica;
¿pega botones la chica?
GIL. ¡Pues no ha de pegar botones!
RAIM. Me atormenta otra zozobra;
¿edad?
GIL. Tendrá veinte abriles,
y un perfil...
RAIM. No más perfiles,
con el de los veinte sobra.
GIL. No es criada de servicio;
el novio la fué inconstante
y la pobre...
RAIM. Eso es bastante;
que venga.
GIL. ¡Hum!
RAIM. Tendré juicio.
GIL. Entónces, si usted quisiera,
dentro de poco la espero.
RAIM. Pues no he de querer! sí quiero;
si esto es una leonera.
Otra camisa.
GIL. Veré
si entre las que guardo yo...
¿Hago almuerzo?
RAIM. ¿Tú? no, no,
me lo traerán del café. (Váse Gil.)

ESCENA III.

RAIMUNDO.

La suerte viene torcida,
cada paso es un tropiezo,
y de bostezo en bostezo
es como paso la vida.
Me encuentro así... como hiposo
de goces, que no lo han sido,
y en cierto modo atenido
al vicio de ser vicioso.
Bella es sin duda, muy bella

la omnímoda libertad,
pero tambien es verdad
que yo no sé qué hacer de ella.
Sin que me ocurra que envidio
al que tiene obligaciones,
diría que en ocasiones
la libertad da fastidio.
No me tengo por un bolo,
tiro el dinero de largo,
vivo libre, y sin embargo
ven ustedes que hablo solo.
Si esto es locura ó simpleza
no lo sé, más ¡cosa rara!
llamo al vicio, me hace cara
y se transforma en tristeza.
Y es que Madrid por su parte
no es á los goces propicio;
aquí hay vicio, mucho vicio,
pero sin gusto, sin arte.
En París, ¡qué diferencia!
allí se ostenta con pompa,
y aunque el alma se corrompa
no lo huele la conciencia.
Para sacudir la mole
del fastidio que me abruma,
aquí no bastan en suma
la ociosidad con su prole.
Porque traido al desierto
de esta vida disipada,
nada me divierte, nada,
vamos, que no me divierto.
Digo mal, pues me da risa
de verme, por testarudo,
moralmente tan desnudo...

GIL. Aquí tiene usted camisa.

ESCENA IV.

RAIMUNDO, GIL.

RAIM. ¿Cómo?

GIL. En el cuarto la dejo.

(Se dirige al cuarto de Raimundo.)

RAIM. Bien está.

GIL. Y cuando usted quiera
mudarse... (Entra.)

RAIM. Si yo pudiera
me mudaría el pellejo.
Pero en fin, por un gustazo
dice el refran... (Llaman á la campanilla.)
¡Ah valiente!

GIL. (Atravesando la escena para ir á abrir la puerta.)
Ese aspira á presidente
segun el campanillazo.

ESCENA V.

RAIMUNDO, despues ANTONIO, GIL.

RAIM. (Leyendo cartas.)
«Baile en la embajada rusa.»
(Lee otra carta.)
«Comida...»

ANT. (Dentro.) Gil, no permito
que te asustes.

GIL. (Desde la puerta.) Señorito...

ANT. ¡La cabeza de Medusa! (Gil se impacienta.)

RAIM. ¡Antonio!

ANT. El mismo: Gil, basta
de entusiasmo.

GIL. (Ap.) (Yo me ahogo.)

ANT. Conserva ese perro dogo,
porque se acaba la casta.

RAIM. ¿Qué te trae por esta tierra?

ANT. Aquí vine hará dos meses...

RAIM. ¿Huyendo de los ingleses?

ANT. No estoy mal con Inglaterra.

RAIM. Me alegro; pero el reposo
no entraba nunca en tus planes?

ANT. Es que con los alemanes
se puso París tan soso...

RAIM. ¡Cómo! ¿Te cogió allí el cerco?

ANT. Cuando empezó la campaña
mandé mis fondos á España;

pero yo terco que terco.
Me retardé, y en mis ocios
te contaré extensamente...

RAIM. ¡En tus ocios!

ANT. Ciertamente;
me dedico á los negocios.

RAIM. ¿De casino?

GIL. (Ap.) (Usted lo acierta.)

ANT. No he jugado desde abril.

RAIM. Milagro.

ANT. (Á Gil.) Te advierto, Gil,
que estás con la boca abierta.

RAIM. ¡Pobre Gil! (Á Antonio.) ¿Y dónde anidas,
que no se te ha visto el pelo?

ANT. Me he propuesto ser modelo
de costumbres.

GIL. (Ap.) (Corrompidas.)

ANT. He dado en un despilfarro
de virtud harto expresivo.
(Á Gil.) Oye, Gil, no te prohibo
que me des un buen cigarro. (Se lo da.)

RAIM. ¿Amas?

ANT. Apenas ejerzo.

GIL. (Ap.) (Qué ha de amar, si es como un hongo?)

ANT. Oye, Gil, yo no me opongo
á que nos des el almuerzo.
(Enciende el cigarro.)

GIL. (Á Raimundo.) No le mando enhoramala,
señorito...

RAIM. Sella el labio.

ANT. Oye, Gil, serás un sabio
si te vas á la antesala.

GIL. (Marchándose.) ¡Que no te comiera un lobo!

ESCENA VI.

ANTONIO, RAIMUNDO.

ANT. ¡Ay Raimundo! qué tormenta!

RAIM. Vamos á ver, cuenta, cuenta:
de París saliste...

ANT. En globo.

RAIM. Buen viaje; pero recelo...
ANT. No tal; por mis propios ojos
he visto que no hay abrojos
en el camino del cielo.
RAIM. Eso ya me lo imagino;
mas dime, si es que lo sabes,
¿no se reían las aves
de verte en tan buen camino?
ANT. No; como viajé de noche
y el trayecto...
RAIM. Entiendo, Antonio;
se te llevaba el demonio
mas no te llevaba en coche.
ANT. Puede ser.
RAIM. Y eso revela
segun se probó en Sedan,
que en la tierra del can-cán
el que ménos corre vuela.
ANT. ¡Bah! bah! bah! Nada de extremos,
y si del can-cán hablamos
tambien aquí lo bailamos.
RAIM. Aquí tambien volaremos.
ANT. Á mí el volar no me asusta,
pero mi opinion es esta:
París en armas me apesta;
París en baile me gusta.
Yo me vine por razones
que comprenderá el más necio.
RAIM. ¿Quizás por el alto precio
que adquirían los ratones?
ANT. Justo.
RAIM. Si un raton te oyera
diría no sin razon,
que la civilizacion
le va oliendo á ratonera.
ANT. ¡Pobre París!
RAIM. Francamente,
no ha sido mal sinapismo,
profesando el sensualismo
hacer vida penitente.
ANT. Sin que la disipacion
dejara de verse en todo,

París sufrió en cierto modo
notable transformacion.
De los fondistas el trato
permíteme que celebre.

RAIM. ¿No daban gato por liebre?

ANT. Hombre, no, gato por gato.
En los parques interiores
se plantó la col grosera
diciendo á las flores,—«¡fuera!
que no estamos para flores.»
¿Y Mabille?... Dále memorias;
aquel jardin elegante
se transformó en un instante
en campo de zanahorias.
¡Qué más! *El Jardin de plantas*
fué invadido por... curiosos
que se comieron los osos
despues de haberlo hecho á tantas.

RAIM. ¡Buen bocado!

ANT. Sí, á fé mia.

RAIM. Mas yo hubiera preferido
que ántes se hubiesen comido
al monstruo de la anarquía.

ANT. Hoy que hay paz, te lo confieso,
cuando salía volando
de París, iba pensando
—pero, Señor ¿qué es progreso?

RAIM. Progreso, si bien se advierte,
es algo que nos convida
con los goces de la vida,
siendo auxiliar de la muerte.
Allí donde libre avanza,
son de su influencia indicio,
ó la exaltacion del vicio
ó el cañon que más alcanza.
Y observa con qué candor
todo el mundo lo confiesa:
se dice que más progresa
quien mata más y mejor.

ANT. ¡Vaya un progreso fecundo!
De suerte que, segun eso,
la perfeccion del progreso...

AIM. Es la conclusion del mundo.
ANT. Pues de París tengo carta,
y en su postracion extrema,
la ciudad adopta el lema:
«Rendida sí, mas no harta.»
RAIM. ¡Pobre Europa!
ANT. No comprendo
que eso le importe un ardite.
RAIM. Francia tomará el desquite.
ANT. ¿Batallando?
RAIM. Corrompiendo.
ANT. Raimundo, ¡ilusiones vanas!
los ejércitos prusianos...
RAIM. ¿Y qué? contra los hulanos
París tiene las hulanas.
ANT. No diré que es mala tropa.
RAIM. Ademas, muros adentro,
París será siempre el centro
de las flaquezas de Europa.
¿Qué le importan los desastres?
ya recobrará su influjo
con el can-cán, con el lujo,
las modistas y los sastres.
ANT. ¡Bravo! Y pues aquí me seco,
volver á París me agrada.
Conque... ¿Y tu padre?
RAIM. En Granada.
ANT. ¿Y tú qué te haces?
RAIM. ¿Yo?... el sueco.
ANT. No atino...
RAIM. Ten fortaleza
y no te rias, Antonio;
me veo entre el matrimonio...
ANT. ¿Has perdido la cabeza,
ó estás dado á Belcebú?
RAIM. Se trata, y ese es el chiste,
de una boda que me embiste.
ANT. ¡Cuidado no embistas tú!
¿Y es por lo civil?
RAIM. No espero
tal ganga.
ANT. De las mejores;

pues que se trata de amores
en que el alcalde es tercero.

RAIM. Varios detalles suprimo,
porque la historia es cargante.
Tengo una prima...

ANT. Adelante,
todo el que se casa es primo.

RAIM. Mi padre, al marcharme á Francia,
dejó ese enlace arreglado,
del cual me había olvidado
con el tiempo y la distancia.
No es que el recuerdo me halague,
ni que amoroso suspire;
mas no hay plazo que no espire...

ANT. Ni boda que no se pague.

RAIM. Mi situacion por el pronto
es crítica.

ANT. Lo colijo.

RAIM. Si no me caso, mal hijo,
y si me caso...

ANT. Buen tonto.

RAIM. Lo que esa idea me espanta
ya en extravagancia pica.

ANT. ¿Y es gran bocado la chica?

RAIM. Como que se me atraganta.
Pero aun cuando fuera copia
de la mismísima Vesta,
toda mujer se indigesta
en el hecho de ser propia.

ANT. Buen aforismo.

RAIM. En resúmen,
tengo miedo al matrimonio.

ANT. Bien hecho.

RAIM. Y escucha, Antonio,
si me caso que me emplumen.

ANT. En dicha lo ganarás.

RAIM. ¿Y qué es dicha?

ANT. Á mi entender
es la falta de mujer
con sobra de lo demas.

RAIM. Opinion que se concilia
con mis gustos.

ANT. Y es probado,
el hombre civilizado
no debe tener familia.
RAIM. Conque casarse?...
ANT. Es de memos,
no mediando capital.
RAIM. Pero, Antonio, la moral...
ANT. ¿Almorzamos?
RAIM. Almorcemos.
No es mi vocacion de fraile;
mas ¿qué quieres? me da grima
pensar qué diré á mi prima.
ANT. Puedes decirle... que baile.
RAIM. Situacion más complicada...
ANT. No sé por qué estás perplejo;
dada la mujer... la dejo,
yo no la tomo ni dada.
RAIM. Ni yo, Antonio; y si me increpa
mi padre...
ANT. Lo echas á risa.
RAIM. Bien dices; basta de Elisa,
y en cambio, ¡viva la Pepa!
ANT. Apropósito, ¿almorzamos?
RAIM. Y fuerte; tengo apetito.
Gil. (Llamando.)
GIL. (Dentro.) Aquí estoy, señorito.
(Aparece en la puerta, trayendo de la mano á Elisa.)
Y si usted quiere, aquí estamos.

ESCENA VII.

RAIMUNDO, ANTONIO, GIL, ELISA.

ANT. ¡Hola! ¡soberbio percal!
ELISA. Buenos dias.
RAIM. Adelante.
ANT. ¿Esa es tu moral, tunante?
ELISA. (No me recuerda.)
GIL. (Á Raimundo.) ¿Qué tal?
RAIM. Me gusta.
ANT. ¡Oh, Gil!
RAIM. No interpretes...

ELISA. (Dios me ampare y me defienda.)
RAIM. Es mi ministro de Hacienda.
ANT. (Á Elisa.) ¿Habrá emision de billetes?
ELISA. Yo soy poco primorosa;
puedo aderezar un guiso,
bordar si fuere preciso
y zurcir alguna cosa.
GIL. (Ap.) (Es un diablejo.)
RAIM. (Á Elisa.) Eso basta.
ANT. Digo, si no hay más que verla.
RAIM. ¿Y el nombre?
ANT. (A Elisa.) Se llama Perla.
ELISA. No señor, me llamo Casta.
GIL. (Á Elvira.) Ya podemos...
ELISA. Estoy lista.
(Empieza á arreglar los muebles.)
(Á Raimundo.) Usted querrá, no que no,
que haya economía.
RAIM. ¿Yo?
¡Diablo! ¿Será economista? (Á Antonio.)
ANT. Eso no se lo consientas.
RAIM. Ni pensarlo, ya lo creo.
ELISA. (Á Raimundo.) Es que yo tengo deseo
de que ajustemos las cuentas.
ANT. ¡Bonito pie!
ELISA. (Ap.) (Ya empezamos.)
(Á Antonio.) Señal segura...
ANT. ¿De qué?
ELISA. De que entro aquí con buen pie.
(Arregla los muebles.)
ANT. Sobre todo, si almorzamos.
GIL. Al instante. (Á Elisa.) La limpieza
puedes tu en tanto irla haciendo. (Váse.)
ELISA. Como que, segun voy viendo,
(Señala á Antonio.)
no hay títere con cabeza.
RAIM. (Á Elisa.) De ver tal afan me apuro.
ELISA. Cá, señorito, aprension,
tengo una constitucion...
ANT. Que sin vacilar la juro.
ELISA. (Sonriendo.) Usted es muy mal cristiano,
y en balde, segun se ve.

ANT. ¿Se puede saber por qué?
ELISA. Porque jura usted en vano.
RAIM. Amigo, dice que *nones*.
ANT. ¿Eso piensas?
RAIM. Eso pienso.
ELISA. (Á Raimundo.) ¿Y usted tambien es propenso
á jurar constitciones?
RAIM. Yo no juro ni conspiro.
ELISA. (Durillo está de pelar.)
RAIM. Como que por no jurar
he tomado mi retiro.
ELISA. ¿Tan jóven?
RAIM. Sí, ¡voto á Cribas!
ELISA. Pues mire usted, eso es grave;
¡bien se ve que usted no sabe
lo que son clases pasivas!
RAIM. ¿Tanto la orfandad te pesa?
ELISA. Es natural, ¿á qué estamos?
ANT. Pero señor, no almorzamos?
GIL. (Desde la puerta.)
Ya está el almuerzo en la mesa.
RAIM. (Á Antonio.) Vamos.
ANT. (Á Elisa.) Te abriré mi pecho
de vuelta del comedor.
ELISA. Que el almuerzo y el amor
le hagan á usted buen provecho.

ESCENA VIII.

ELISA.

¡Caramba! Parecería
fabuloso á todas luces,
cuando hay barato de cruces
lo que me cuesta la mia.
Al verme plumero en mano,
con dos locos frente á frente,
no diré que soy valiente
pero mi cruz bien la gano.
Tantas faces como el prisma
tiene el hombre, y en verdad
que, no estando en sociedad

es la desvergüenza misma.
¡Con qué fácil desparpajo
derrama su boca flores
para procurarse amores
de los de escalera abajo!
No son los hombres los primos
en este particular,
que si ellos dan en pecar
nosotras los redimimos.
Y aunque la mujer deplora
del hombre la vida airada,
á toda mujer le agrada
el papel de redentora.
¿Será virtuosa quimera
cuando un marido soñamos
la preferencia que damos
al marido calavera?
Yo creo que en el secreto
de nuestra predileccion,
al par que la redencion
entra por mucho el sujeto.
Porque á la luz de un buen juicio
y ante la sana moral,
de la dicha conyugal
no es la garantía el vicio.
Y si con mi primo lucho
para que tome mi mano,
si á redimirle me allano
es porque me gusta mucho.
En fin: mientras le redimo
no hay mas que tener paciencia
y seguir la penitencia
por los pecados del primo.

ESCENA IX.

ELISA, GIL.

GIL. Con ese hombre no hay aguante.
ELISA. ¿Qué ocurre?
GIL. Que el zascandil
del huesped me ha dicho: —«Gil,

»puedes tomar el portante.»
ELISA. ¿Han concluido?
GIL. En la mesa
se quedan despotricando.
ELISA. Sabes, Gil, que voy dudando
que salga bien nuestra empresa?
GIL. Yo no.
ELISA. Tu confianza admiro.
GIL. Como que segun la traza
creo que hemos dado caza
á dos pájaros de un tiro.
ELISA. ¿De veras? por lo que toca
al uno ¡líbreme Dios!
GIL. He notado que á los dos
se les hace agua la boca.
ELISA. Y qué ganamos con eso?
GIL. Más de lo que usté imagina;
el hombre por golosina
suele á veces quedar preso.
ELISA. En fin, quemadas mis naves,
y siendo tu amo goloso...
GIL. Pues no es nada lo gozoso
que está con su ama de llaves!
ELISA. La confianza es contagiosa,
y cuando te oigo me animo.
GIL. Usted halague á su primo,
no necesita otra cosa.
ELISA. Ya vuelve, y en soberana
gresca con su amigo Antonio.
GIL. Es decir, con el demonio
que ha tomado forma humana.
ELISA. ¡Bah! sí, atento á sus quehaceres
se ha escapado del retablo,
yo le haré entender al diablo
que el diablo son las mujeres.

ESCENA X.

DICHOS, RAIMUNDO y ANTONIO.

ANT. Casta es un nombre bonito.
RAIM. ¿Te ha chocado?

ANT. No lo niego,
Casta, y con ojos de fuego...
ELISA. ¿Es de estopa el señorito?
(Ap.) (Vaya, que el hombre se explica.)
ANT. (Á Raimundo.) Sabes que con el jamon
voy sintiendo una pasion
suculenta hácia esta chica?
RAIM. Cuida que no se desborde.
ELISA. Déjelo usted de mi cuenta,
esa pasion su-cu-lenta...
dudo mucho que le engorde.
ANT. Oye, contra su despego
venga un puro de la Habana. (Lo toma.)
¿No sales por la mañana?
RAIM. Tal vez no.
ANT. Pues hasta luégo.
GIL. (Ap.) (¡Dónde irá ese bribonazo!)
ANT. Gil, no quiero que me imites,
pero si me lo permites
daré á esta niña un abrazo.
ELISA. (Con exaltacion.) Es que yo no lo permito.
RAIM. ¡Antonio!
ANT. Será más tarde. (Se va.)
ELISA. (Ap.) (El vicio se hace cobarde
mirándole de hito en hito.
GIL. Pues si el amo...
(Señalando la puerta secreta.)
ELISA. (Á Gil.) No le nombres.
GIL. Bien, la dejo á usted solita
y ¡mimo en él! señorita,
que contra el mimo no hay hombres.) (Váse.)
(Siéntase Raimundo, y Elisa recoge y limpia ropa de hombre que habrá sobre los muebles.)

ESCENA XI.

ELISA, RAIMUNDO.

RAIM. Tiene Antonio un don de gentes
que con todo el mundo choca.
ELISA. Pues si me busca la boca
yo le enseñaré los dientes.

RAIM. Fuera en usted imprudencia,
(Seriedad cómica.)
porque valen un Perú. (Con galantería.)
ELISA. ¿Quiére usté hablarme de *tú*
sin probarme la paciencia?
RAIM. Las dos cosas.
ELISA. Pues el llanto
sobre el difunto.
RAIM. Corriente;
ya ves que soy complaciente.
(Ap.) (Esta chica es un encanto.)
ELISA. Si ha de haber arreglo, basta
que usted se deje servir.
RAIM. ¡Ah! Conque no he decir
buenos ojos tienes, Casta?
ELISA. Eso sí, digo, eso no.
RAIM. ¿En qué quedamos?
ELISA. En que
no debe abusar usté
de una simple como yo.
RAIM. Pero esto es una delicia,
¡qué cambio! si no lo viera...
Dí que no eres hechicéra!
ELISA. ¿Otra gracia?
RAIM. No, justicia.
ELISA. Usted de burlon se pasa.
RAIM. Con formalidad lo digo,
creo que ha entrado contigo
la alegría en esta casa.
ELISA. Conmigo! Vaya otro chiste.
RAIM. No es obstáculo, á fé mia,
el profesar la alegría
para estar triste.
ELISA. Usted triste!
RAIM. Sí, que el fastidio me estruja,
aunque de vencerlo trato.
ELISA. Pues mire usted, yo lo mato.
RAIM. ¿Cómo?
ELISA. Con fusil de aguja.
RAIM. Arma de alcance la creo.
ELISA. Dlgo; coser y cantar...
RAIM. No sé más que devanar

y no basta el devaneo.
ELISA. Pues lo que á usted incomoda...
RAIM. ¿Es grano de anís?
ELISA. Lo envidio,
en los hombres el fastidio
casi siempre para en boda.
RAIM. Tal suposicion, confieso
que altera mi buena pasta.
ELISA. No sabía...
RAIM. Mira, Casta,
te abrazo si me hablas de eso.
ELISA. ¡Oiga! sellaré mi labio,
no diré esta boca es mia.
RAIM. ¿Á tí no te cargaría
que te hicieran tal agravio?
ELISA. Es que yo... no llevo trazas...
RAIM. No? pues con ese palmito...
ELISA. Escuche usted, señorito,
si habla usted de eso...
RAIM. ¿Me abrazas?
ELISA. Fuera castigo terrible,
más...
RAIM. No sigas adelante,
Gil me ha dicho, hace un instante,
que esa es tu cuerda sensible.
Y á fé que, quien á la luna
te dejó con tus querellas,
merece ver las estrellas
ya que huye de su fortuna.
ELISA. El voto de usted...
RAIM. Soy justo.
ELISA. Es de peso.
RAIM. Y por el pronto
le doy patente de tonto.
ELISA. Despáchese usté á su gusto.
RAIM. Mas la idea no rechazo
de que si enmendarse puede,
volverá.
ELISA. Si tal sucede,
cuente usted con un abrazo.
RAIM. Yo! yo!...
ELISA. Como él se declare,

lo dicho y usted se encarga...
RAIM. Mira que el diablo las carga...
ELISA. Pues bien, mas que las dispare.
RAIM. Casta...
ELISA. No sea usted niño.
RAIM. (Ap.) (Quién abusa de esta pobre!)
ELISA. Por mucho que á usted le sobre,
¿le vendrá mal un cariño?
RAIM. Chica, tú eres un Luzbel.
¡Cariño á mí! Ten cuidado,
que hombre más necesitado...
ELISA. Pues á Granada por él.
RAIM. ¡Á Granada! Segun eso
sabes...
ELISA. Ya se ve que sí,
y aseguro á usted que allí
se le quiere con exceso.
RAIM. Tal fortuna... no es gran cosa.
ELISA. Vaya, pues la señorita
dicen que es regularcita.
RAIM. Pero apagada, tan sosa...
ELISA. ¡Caramba!
RAIM. Yo, ten por cierto
que no le doy importancia,
delgaducha, sin sustancia...
ELISA. (Ap.) (Como hay Dios que me divierto.)
RAIM. No es mujer que me conviene,
si tuviera tu atractivo...
ELISA. Eso es lo que no concibo,
porque apuesto á que lo tiene.
RAIM. Bah!
ELISA. ¡Cómo bah?
RAIM. Sin ser fea,
te diré, salva la frase,
que flaqueaba por su base.
ELISA. Ya creo que no flaquea.
RAIM. Difícil es que me rindas
sus dotes enumerando,
has de saber que, viajando,
he visto chicas tan lindas...
ELISA. No lo dudo, y más en Francia.
RAIM. Cabalito, si las vieras,

qué soltura de maneras!
¡qué perfume de elegancia!

ELISA. Sólo que de ellas á veces,
presumo yo...

RAIM. ¿Qué presumes?

ELISA. Que el cuerpo exhala perfumes,
pero el alma fetideces.

RAIM. Esa es cuenta del demonio.

ELISA. ¿Y la bondad?

RAIM. No me llena,
me carga la mujer buena
porque huele á matrimonio.

ELISA. Usted olvida...

RAIM. ¿Qué olvido?
vamos, tu respuesta espero.

ELISA. Que á pesar de ser soltero,
huele usted à entristecido.

RAIM. Cierto, mi tédio es profundo,
mas siquiera no hago el oso.

ELISA. Hay algo ménos airoso
que un solteron en el mundo?
Viene á ser árbol caido
del cual todos hacen leña.

RAIM. Sí, perspectiva halagüeña,
no correr y estar corrido!
Quebrantar mi pertinacia
consigue esa alguna vez.

ELISA. Como que abre la vejez
las puertas á la desgracia.

RAIM. Exacto, y el solteron
suele ser mártir del tédio,
pero chica: ante el remedio
se me encoge el corazon.

ELISA. Déjelo usted que se ensanche,
usted necesita...

RAIM. Dime.

ELISA. Quien le quiera y quien le mime,
quien le cosa y quien le planche.
No es preferible en verdad,
diga lo que quiera Francia,
el perfume de elegancia,
al olor de santidad.

RAIM. ¡Sirena!
ELISA. Usted en sus viajes
no ha visto ni entre vidrieras
la mujer dulce de veras,
sino la que hace visajes;
y la mujer necesaria,
la que dichas atesora...
RAIM. Cuál es?
ELISA. La conservadora,
no la revolucionaria.
RAIM. El órden no es mi embarazo,
y al paso que voy espero
que he de hacerme hombre casero;
pero el lazo!... el santo lazo!...
ELISA. Eso es, vuelta á las andadas;
tanto asco á las bendiciones,
y al cabo los solterones
se casan con sus criadas.
RAIM. Suele suceder; no es raro,
aunque raya en aflictivo;
sin embargo, lo concibo
cuando en tus ojos reparo.
ELISA. Pues ya.
RAIM. Digo lo que siento.
ELISA. ¡Y es creible lo que escucho?
RAIM. ¡Caramba! enternece mucho
el pícaro aburrimiento.
ELISA. Á usted le saca de quicio.
RAIM. Tanto que me ocurre el tema
de si es la dicha un problema
insoluble para el vicio.
ELISA. Sobre ese punto hay doctores
que sin pronunciar vocablo,
demuestran bien que hace el diablo
mofa de sus servidores.
RAIM. El diablo y tú que sois dos.
ELISA. Rebaje usted ó me quejo.
RAIM. Bueno, pongamos diablejo
familiar, gracias á Dios.
ELISA. ¡Vaya si está usted pesado!
¿Y la señorita Elisa?
RAIM. Iré á mudarme camisa,

que ésta se halla en un estado...
ELISA. Si no es cosa de zurcido...
RAIM. Ni un solo boton le queda.
ELISA. Se cosen; mientras yo pueda
no andará usted descosido.
(Le cose un boton del cuello.)
RAIM. (Ap.) (Me regocija su charla.)
ELISA. ¡Cuidado con un pinchazo!
RAIM. Bah! (Ap.) (La estoy dando un abrazo
y no me atrevo á abrazarla.)

ESCENA XII.

DICHOS, ANTONIO.

ANT. No es mal cuadro y lo comprendo.
RAIM. De vuelta ya?
ANT. Mil perdones.
RAIM. ¿Por qué?
ANT. Por mis distracciones;
se me olvidó entrar tosiendo.
Mas si cruzan por tu mente
dudas contra mi hidalguía,
puedo jurar que volvía
creyendo encontrarte ausente.
RAIM. Me hace fuerza ese lenguaje.
ANT. Y más, sentado el principio,
de que tú no pierdes ripio
mientras que yo piordo el viaje.
RAIM. En lo verosímil toca
lo segundo.
ELISA. (Ap.) (¡Qué sofoco!)
(Alto.) ¿Hay que coser más?
RAIM. Un poco;
se ha descosido una boca.
ANT. Raimundo!
RAIM. Tú ves quimeras.
ANT. Tal vez, pues que me he dormido.
RAIM. En fin, ya que no has tosido,
estornuda cuanto quieras.
ANT. Lo que es en eso confía.
ELISA. (Ap.) (Debo estar echando llamas.)
RAIM. ¿Te vas? (Á Elisa.)

ELISA. Si he de hacer las camas...
ANT. Que sea blanda la mia.
ELISA. ¡La de usted!
RAIM. Está soñando.
ANT. ¿Opina eso Casta?
ELISA. Opino
que se halla usted en camino
de caer, pero no en blando. (Váse.)

ESCENA XIII.

RAIMUNDO, ANTONIO.

RAIM. Ya ves, Antonio.
ANT. Ya veo:
me queda un recurso.
RAIM. ¿Cuál?
ANT. El derecho individual,
llamado de pataleo.
Cada cual se da su traza
entre dos que están luchando,
tú la de cazar callando,
yo la de espantar la caza.
RAIM. ¡Qué absurdo!
ANT. Vana molestia
es que me hagas reflexiones.
RAIM. Antonio, con tus blasones
ser espantajo es modestia.
ANT. Ocasion de mi despecho
tu poca franqueza ha sido,
que á decir tú «pan comido,»
dijera yo «buen provecho.»
RAIM. Me están dando tentaciones
de llamarte mentecato.
ANT. Yo sostengo que aquí hay gato.
RAIM. Yo digo que ves visiones.
ANT. Tienes un modo bien llano
de vencer mi suspicacia;
si yo te pido...
RAIM. (Riendo.) ¡Qué audacia!
¿vas á pedirme su mano?
ANT. No es tanto lo que deseo;

me bastará y te conviene
que no descuides la higiene.

RAIM. ¡Eso es mandarme á paseo!

ANT. ¿Debo temer un desaire?

RAIM. No me parece acertado
que siendo tú el atufado
sea yo quien tome el aire.

ANT. Entre amigos...

RAIM. Lo mejor,
ya que te rejuveneces,
es que hagas lo que otras veces;
recursos tiene el amor.

ANT. ¿Cuáles?

RAIM. Muchos y diversos;
al volver Casta la miras,
te pones triste, suspiras...
ó dedícale unos versos.

ANT. Observo que te recreas
persistiendo en el embrollo.

RAIM. Me gusta verte hecho un pollo.

ANT. Y á mí el ver cómo galleas.

RAIM. Hablando en serio...

ANT. Es en vano
que hablemos más de la niña;
sé tú el perro de la viña,
yo seré el del hortelano.

RAIM. Haré que ella se presente,
y como no hay trampantojos,
verás por tus propios ojos
que le soy indiferente.
¡Casta! (Llamando.)

ANT. Es ocioso.

RAIM. Repito
que sueñas.

ANT. No.

RAIM. ¡Qué porfía! (Aparece Gil.)
¿Y Casta?

GIL. Yo bien decía;
se ha marchado; señorito.

ESCENA XIV.

DICHOS, GIL.

RAIM. Que se ha marchado!
GIL. Sí.
ANT. ¡Cómo!...
RAIM. Adónde? ¿Cuándo? por qué?
GIL. Poco á poco lo diré.
RAIM. Vamos, dílo sin ser plomo.
GIL. Es que yo no sé si puedo...
RAIM. Habla, no tengas reparo.
GIL. Pues ella me ha dicho... claro,
que esta casa le da miedo.
RAIM. No lo extraño.
GIL. La muchacha...
RAIM. En que hay motivo convengo,
que Antonio tiene...
ANT. ¿Qué tengo?
RAIM. Una lengua como un hacha.
ANT. No sé á quién escandaliza.
RAIM. Á Casta, que se ha marchado.
ANT. De haberme yo figurado
que era tan espantadiza...
GIL. Es que usted no tiene engorro
en decir cosas atroces.
ANT. Bah!
RAIM. Como que no conoces
el pudor ni por el forro.
ANT. Bah, bah, bah!
GIL. Casta me ha dicho
que de usted no tiene queja.
RAIM. Entónces, ¿por qué me deja?
ANT. (Risueño.) Capricho, mero capricho.
RAIM. La gloria no te disputo
de esa burleta sañuda.
ANT. Pero siendo tú el que enviuda,
¿he de vestir yo de luto?
RAIM. Tienes instintos perversos.
ANT. Si tanto interés te inspira
la desertora, suspira

ó dedícale unos versos.
RAIM. Hay que verla, Gil.
GIL. En vano
será, pero no me niego.
RAIM. Le dirás que yo le ruego...
ANT. ¿Que te conceda su mano?...
RAIM. ¡Antonio!
ANT. Sigo tus huellas
y habrás de tener cachaza;
¿no puedo yo sentar plaza
de amparador de doncellas?
¡Qué fuego! ¡qué animacion!
GIL. (Ap. gozoso.) (Es verdad, cayó en el lazo.)
ANT. ¿Te ha dado algun arañazo,
la niña en el corazon?
RAIM. De una jóven el reposo
no es para tratado en bufo.
ANT. Eso diría un tartufo
enamorado y celoso.
RAIM. Eso dice quien ofrece
andar algo más derecho
porque no está satisfecho
de lo que se te parece.
ANT. ¿Y eso es sermon ó aleluya?
RAIM. Que tu juicio lo decída;
aspiro á mudar de vida,
porque me espanta la tuya.
ANT. ¿Nada más?
RAIM. Lo dicho basta,
y pues que tú vas sin rienda,
cada cual siga su senda.
ANT. Bien; yo sigo tras de Casta.
RAIM. No será.
ANT. Quiero reirme.
RAIM. Cuando te digo no?
ANT. Pues yo no cejo.
RAIM. Ni yo.
GIL. (Ap.) (Si le zurrara de firme.)
ANT. Veremos quién cede á quién.
GIL. (Ap.) (Ya se puede hacer la seña.) (Tose.)
RAIM. Antonio, el honor enseña...
ANT. ¡Cómo! lecciones tambien?

RAIM. Será forzoso enseñarte...
ANT. Nunca en mejor ocasion.
ELISA. (Apareciendo en la puerta secreta con su propio traje.)
¡Alto! que en esa cuestion
me toca ser juez y parte.

ESCENA XV.

DICHOS, ELISA.

RAIM. y ANT. ¡Casta!
GIL. (Ap.) (Si vale un tesoro.)
ANT. ¿Están los duendes en boga?
RAIM. Pero ese traje...
ELISA. Es mi toga.
RAIM. ¿Y esa puerta?
ELISA. La del foro.
ANT. Sospecho del juez, á ménos,..
ELISA. No sea usted suspicaz;
el juicio ha de ser de paz
y necesito hombres buenos.
RAIM. Dime, Gil.
GIL. Yo me echo fuera.
RAIM. ¿Qué diablos de embrollo es este?
GIL. (Á Elisa.) ¿Procede que yo conteste?
ELISA. Quieto, que buena le espera.
RAIM. Habiendo juicio...
ELISA. Eso intento,
y aunque de parcial me acuso,
(Á Raimundo.) Usted quedará confuso;
(Á Antonio.) y usted quedará contento.
RAIM. ¡Yo confuso!
GIL. Y con razon.
RAIM. La curiosidad me mata.
ELISA. Pues sepa usted que se trata...
RAIM. ¿De qué?
ELISA. De una ejecucion.
ANT. No atino...
ELISA. Resumo el juicio
ya que no hay otro remedio.
Visto que al hablar de tédio

se queja el señor de vicio;
visto que ya no hay sonrisa
ni cariño que le halague,
yo le condeno á que pague...

RAIM. ¿Qué debo?

ELISA. Me llamo Elisa.

RAIM. Cómo?... Qué?...

GIL. Buena andanada.

RAIM. (Ap.) (Confieso que estoy turbado.)

ANT. (Ap.) (Pues; ¿se me habría escapado
siendo una simple criada?)

RAIM. Prima, si eres generosa
deja que á tus piés me rinda.

ELISA. Primo...

RAIM. ¡Vaya si eres linda!

ELISA. Pero apagada, tan sosa...

RAIM. Represalias?

ELISA. Bien debiera.

RAIM. Elisa, no habrá perdon?

ELISA. Lo habrá, con la condicion
de dejarme que te quiera.

ANT. Raimundo!

RAIM. Con tu locura
vuelve á París, que se abrasa,
nosotros á nuestra casa,
que es de otra temperatura.

ANT. Oye, Gil.

GIL. Gil ya no sufre
más ancas, conque...

ANT. Salvage!

GIL. Y usted es un personaje
que despide olor de azufre.

RAIM. Silencio, Gil.

ANT. ¡Qué fracaso!

ELISA Vaya una monomanía!

ANT. ¡Raimundo! ¿quién lo diría?
¡al fin te casas!

RAIM. Me caso.
Más vale vivir en medio
de conyugales cadenas,
que gozando á manos llenas
la independencia del tédio.

Ménos perturban la calma
de un lecho doble ó sencillo,
los sollozos de un chiquillo
que los sollozos del alma.
Mas templa los corazones
que no pecan de vulgares,
el fuego de los hogares
que el fuego de las pasiones.
Ménos triste es á fé mia
y más propensa á placeres,
vida llena de deberes
que de cariño vacía.
Mas fácilmente quebranta
el rigor de la tristeza,
la mujer propia que reza
que la querida que canta.
No más, hablando en compendio,
amor que lance al soslayo
en cada mirada un rayo,
en cada guiño un incendio.
Quiero el amor que serena
las tempestades del alma,
el amor que vive en calma,
el que da la mujer buena.
Amor que no brilla pronto
ni se extingue de repente,
que no se dice y se siente
el amor que llaman... tonto.

ELISA. Raimundo! (Cariñosa.)

ANT. Buena homilía
para salvar pecadores,
pero él lo ha dicho, señores,
eso es una tontería.

FIN.

TÍTULOS.	Actos.	AUTORES.	Prop. que corresponde
		ZARZUELAS.	
da ó muerte......................	1	Sres. Navarro y Nieto...	L. y M.
tre locos.........................	1	D. J. Gaztambide......	L. y M.
vecchia Zitella..................	1	Sres. R. del Castillo y N. Manent..........	L. y M.
voz pública......................	1	Coll y Britapaja y G. Cereceda.......	L. y M.
laurel de oro.....................	2	Sres. Granés, Navarro y Taboada..........	L. y ½ M.
criada............................	2	Sres. Vidal y Navarro y Esther...........	L. y M.
asarse tocan.....................	3	D. José Inzenga.......	M.
n Juan Tenorio...................	3	José Zorrilla..	L.
sobrinos del capitan Grant........	3	M. Fdez. Caballero..	M.

Han dejado de pertenecer á esta Galería las comedias en un acto tituladas *matrimonio secreto; En el cuarto de mi mujer; En la sombra; La nieta l zapatero; La voz del corazon; Very Well,* y la mitad de ***El laurel de Zúbia;*** el libro de la zarzuela en un acto ***El sargento Lozano,*** y el de la en s llamada: ***Una cancion de amor,*** obras de D. Antonio Hurtado.

PUNTOS DE VENTA.

MADRID.

En las librerías de los *Sres. Viuda é Hijos de Cuesta*, calle de Carretas, núm. 9; y de *D. J. A. Fernando Fé*, Carrera de San Jerónimo, núm. 2.

PROVINCIAS.

En casa de los corresponsales de esta Galería.

Pueden tambien hacerse los pedidos de ejemplares directamente al EDITOR, acompañando su importe en sellos de franqueo ó libranzas, sín cuyo requisito no serán servidos.